

EL ECO DE CARTAGENA.
Sábado 21 de Junio de 1879.

TEATRO.—CIRCO.
Se están ensayando las zarzuelas
nuevas de esta ciudad
LOS SUEÑOS DE ORO
Y
EL SALTO DEL PASIEGO.

EL ARDID DE TEODOMIRO.

¿DONDE OCURRIÓ?
¿Fue en Murcia ó en Orihuela?

Hecho es este que para nada en-
tra en el interés de las cuestiones en
que he venido contendiendo con aveu-
tajados escritores murcianos sobre
sobre la antigüedad de Cartagena,
Sede episcopal etc. etc.; pero una
vez tocado, siquiera sea por inci-
dencia; y puesto a discusion por quie-
nes interesados están en ello, forzo-
so me es entrar en el debate, sufriendo
en esto la pena de mi inocente
curiosidad.

Recordarán mis lectores que en
mi contestacion al primer artículo
con que me honró, siquiera fuese en
refutacion de mis opiniones sobre la
Aurariola, el Sr. D. Andrés Baquero
Almansa, hube de preguntar cual
fuera el pueblo del ardid en que mos-
traran sus heroicos alientos las mu-
geres bastitanas.

A este requerimiento de mi parte,
salen en defensa de Murcia D. P. M.
Massa y otro literato que oculta su
nombre detrás de un C. Como di-
cen que para sentenciar un pleito
es necesario oír á las dos partes, me
parece conveniente, separándome en
esto del sistema á última hora adop-
tado por *La Paz de Murcia* de no
dar á conocer sino lo que le tiene
cuenta, trasladar aquí los argumen-
tos de ambos escritores, como la me-
jor manera para poder juzgar con
conocimiento de causa.

Dice así el primero de ellos:
«Ardid de Teodomiro.—¿Cual fué
el pueblo donde ocurrió? pregunta
el Sr. Gonzalez.—Murcia, contesto.
—Vea el Sr. Gonzalez, sin ir más lé-
jos, el folleto sobre la *Literatura Mur-
ciana* del Sr. Baquero, publicado el
año pasado, y allí en el capítulo que
trata de Diego Rodriguez Almela en-
contrará un ejemplo tomado de el
«Valerio de las Historias» que pre-
cisamente es la relacion de aquel
ardid de las bastitanas; cuyo ejemplo
refiere el heroico hecho como ocur-
rido en Murcia despues de librarse
la batalla de Sangonera. Empieza así:
—Cuanta el arzobispo D. Rodrigo en
su historia de latin que despues que

el rey D. Rodrigo y los cristianos
fueron vencidos en la triste batalla
cerca de Tarifa, los moros... etc.—El
arzobispo D. Rodrigo se espresa efec-
tivamente de este modo en su fimo-
sa historia:—*Deinde ad urbem, que
tunc Orinela nunc Murcia dicitur,
properavit. Et dominus Murcia egre-
diens contra eos infeliciter est ayres
us et in urbis ambitu circumseptus,
cum esset prudens, fecit mulierum
capita circumeide, ut in muris aforis
apparentes viri eminus viderentur.*—
El libro de donde tomo esta última
cita, pues yo no hubiera tenido re-
solucion ni bastante conocimiento
de la lengua latina para echarme al
colete la *Historia Gótica* del famo-
so arzobispo; el mismo libro, que de-
be ser muy conocido del Sr. Gonza-
lez, que tan aficionado se manifiesta
á las antigüedades y á la historia de
nuestro pais, dice que cuantos es-
critores hablan del ardid bélico en
cuestion lo atribuyen á Murcia; sien-
do esto tan cierto como puede ver-
se en Fernan Perez de Guzman, Flo-
rian de Ocampo, Mariana, Mesa, el
Maestro Pedro de Medina, Ambrosio
de Morales, Antonia Benter, Igle-
sias, etc. etc.»

Lo primero que tentó mi curiosi-
dad al leer las anteriores líneas fué
saber lo que decía el ejemplo del Va-
lerio de las historias, que dá mi que-
rido amigo el escritor murciano don
Andrés Baquero en su interesante
folleto sobre la *Literatura murcia-
na*, á cuya delicada atencion debo
el ejemplar que poseo; pero nada de
nuevo he encontrado que pueda sa-
carme de mis dudas. Lo que allí po-
ne mi ilustrado contrincante en bo-
ca de Rodrigo Almela no es otra co-
sa que lo que cuenta el arzobispo
D. Rodrigo en su historia de latin
acerca del ardid de Teodomiro, y es-
to, permitame el Sr. Massa le diga
no es bastante, ni mucho menos,
para poner el hecho definitivo é in-
dubitadamente en Murcia. Que lo
dice D. Rodrigo, autoridad respec-
tabilísima por su indole y por su ca-
racter, enhorabuena; pero ¿es que con
todas estas buenas cualidades no po-
drá haberse equivocado, ó incurrido
en el error de una falsa especie reco-
gida en el trastorno de aquellos tiem-
pos, tratándose de sucesos estraños á
su época?

Los escritores de alguna autoridad
coetáneos á la época de la invasion
sarracena que son el Continuator
del Biclareuse é Isidoro de Beja ha-
blan del ardid de Teodomiro, pero
no determinan el punto donde tuvo
lugar hecho tan famoso. Este último
hablando del héroe de tal empresa
se limita á decir:

«Mas cierto sujeto llamado Teudi-
mero que en territorio de España
habia dado muerte á muchos árabes
y habia tratado hacer la paz con ellos,
despues de haberlos perseguido lar-

tiempo; y tambien bajo los reina-
dos de los godos Egica y Witiza ha-
bia triunfado victoriosamente com-
batiendo contra los griegos por mar
y por tierra; pues se le atribuye
grande dignidad y honor así como
tambien es alabado por los cristia-
nos de Oriente cuando de él se ocu-
pan, por haberse hallado en él tanta
constancia en la verdadera fé, que
todos tributan á Dios grandes ala-
banzas. Que pues amante de las sa-
gradas letras, admirable por su elo-
cuencia, listo en las batallas, y re-
putado por Almiral inimitable más
prudente que los demás, fué venta-
josamente honrado y por é fué fir-
memente restablecido el pacto que
poco ántes habia aceptado de Ab-
del-Aris. Y así hasta hoy permane-
ce firme para que de ninguna ma-
nera por los sucesores de los árabes
sea quebrantado pacto de tanta fuer-
za, y puede por consiguiente rebo-
sando de júbilo volver á España.»

Fuera de estos dos escritores, los
únicos de entre nosotros que nos dan
fé de aquel periodo de desdichas
¿que valor habremos de dar en este
punto á ciertos anales que llaman
antiguos, cuando ni conciencia tu-
vieron sus autores de los persona-
jes de la accion. El mismo Sr. Massa
confiesa haber leído en un libro del
canónigo Lozano, una nota que dice
referirse á dichos anales, donde se
atribuye el ardid y capitulacion de
Teodomiro al Rey D. Rodrigo Fizo
*el Rey la batalla con los moros en
campo de Sanguinera*; y el historia-
dor Cascales, refiriéndose no sé á
que estraño texto hace intervenir en
ambos hechos á un tal *Barbate*, se-
ñor de Murcia, y el obispo D. Opat
quien va á la cabeza del ejército
africano.

Todavía no se ha podido averi-
guar con certeza donde se dió la ba-
talla que antecedió al ardid de Teo-
domiro, por que podrá probar el
Sr. Massa que lo del *campo de Sau-
guinera* no sea una fábula? Aun no
se ha podido definir si Tarif Albuza-
ra, Tarid Abdalay, y Taric Abinier
son trinidad de individuos ó un so-
lo personaje, (Tareco como le llama
el arzobispo D. Rodrigo) Todavía
estamos por saber del rey Witiza si
fué bueno ó si fué malo; pues mien-
tras el francés Moissac hace depen-
der la pérdida de España de la vida
licenciosa de este principe; y que
por otra parte Sebastian de Sala-
manca y el Monge de Silos recarga-
ron de negrismos colores el conti-
nuador del Biclareuse é Isidoro de
Beja, lo presentan como un rey cie-
mente, noble y amante de su pue-
blo que le pagaba con igual cariño.

Lo mucho que se ha escrito de
aquellos tiempos, lo ha sido en su
mayor parte á tan larga distancia
de los sucesos que no es posible dis-
cernir lo cierto de lo dudoso; y es

indudable que la fábula, el interés
particular ó una vanidad ridicula de
erudicion encontraron ancho campo
para despacharse á su placer. El ar-
ca misteriosa del palacio encantado
de Toledo con sus lienzos de estra-
ñas figuras; los amores de rey D.
Rodrigo, la misma Florinda, objetos
y personajes que han obenido el
exequatur de la Historia, acaso no
sean más que imágenes contorneadas
en el ideal de la inventiva.

¿Y que diremos del ardid de Teo-
domiro, ante las pretensiones del
arzobispo D. Rodrigo, que tomó mi
ilustrado contrincante como infal-
tibles, para probar de que tuvo lugar
en Murcia? Quinientos años habian
transcurrido del suceso cuando de
él escribía el ilustre historiador; tra-
tándose de este hecho; nadie hasta
el habia tomado en boca el nombre
de la sultana del Segura; de donde
tomara la especie que los que pudie-
ron darnosla se la callaron, no lo sé.
¿Quien sabe si la beberia en la mis-
ma fuente donde bautizara á Mur-
cia con el nombre de *Orinela*.

Frente de ella surten otras dos fan-
tales más puros si siquiere; por
cuanto más se acercan al manantial
de los hechos; tales son el fragmento
histórico de *Ahmedo Abu Bakero-
Alrazeo*, conocido por el nombre *Rasid*,
y la *Crónica de Abd Allah*, obras
ambas traducidas por Casiri, el pri-
mero de estos escritores, que es el
más antiguo entre los árabes y flo-
reció en los últimos años del siglo
IX, trescientos años antes que el
arzobispo D. Rodrigo, dice que el
suceso en cuestion tuvo lugar en Au-
riola; y el segundo, que el año 94
se echó *Abd el Azis* sobre la mis-
ma ciudad y que vino el rey Thuo-
demiro el cristiano y pactaron so-
bre las ciudades. Conde, cuya auro-
ridad es á no dudarlo, de gran peso
en este debate por la ciencia que es-
tudio que ha hecho de cuantos es-
critos nos dejaron los árabes de su
dominacion en España, presenta
tambien á *Auriola* como la fortaleza
donde mostraron sus heroicos
alientos las mugeres bastitanas.

Ya no sé que fuerza oculta ha ve-
nido inclinando constantemente mi
ánimo hacia esta creencia.

La primera noticia que tuve del
famoso ardid lo fué por un artículo
que salió á luz en un periódico titu-
lado *El Museo de los Niños*, que si
mal no recuerdo, está suscrito por
D. J. A. Bermejo; por los mismos
tiempos precisamente que *El Museo
de las Familias* publicaba otro sobre
el mismo hecho y bajo las mismas
circunstancias de personajes y cam-
po de accion. Lo que despues leí en
la *Historia del P. Mariana* con re-
ferencia al Arzobispo D. Rodrigo, lo
tomé como una fábula, no sé por
qué. Hoy en el detenido estudio á
que me he visto obligado en trances